

*Noches de  
Navidad*

©2023, Patricia García-Rojo, Ester León, Laura S. Maquilón, Virginia Orive de la Rosa, Sofía Rhei, Marina Tena Tena, Susana Vallejo, Rocío Vega.

Todos los derechos reservados

© de esta edición: Duermevela Ediciones, 2023  
Calle Acebal y Rato, 3, 33205, Gijón

[www.duermevelaediciones.es](http://www.duermevelaediciones.es)

Primera edición: noviembre de 2023

Ilustración de cubierta © Amagoia Agirre, 2023  
Corrección: Rebeca Cardeñoso y Almudena Martínez  
Ilustraciones interiores y maquetación: Almudena Martínez

ISBN: 978-84-127672-0-9  
Depósito Legal: AS 02939-2023

Impresión: Kadmos  
Printed in Spain — Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# *Noches de Navidad*

PATRICIA GARCÍA-ROJO,  
ESTER LEÓN, LAURA S. MAQUILÓN,  
VIRGINIA ORIVE DE LA ROSA,  
SOFÍA RHEI, MARINA TENA TENA,  
SUSANA VALLEJO, ROCÍO VEGA





## *Indice*

<i>Los Tejos</i> de Susana Vallejo .....	9
<i>Si una bruja te invita</i> de Sofía Rhei .....	37
<i>La Partida</i> de Ester León .....	75
<i>Magia para todos</i> de Laura S. Maquilón .....	105
<i>La sangre de la ondina</i> de Rocío Vega .....	139
<i>El corazón de una bruja</i> de Marina Tena Tena.....	173
<i>Si las estrellas se apagan</i> de Virginia Orive de la Rosa.....	203
<i>La maldición de Emilio Navidad</i> de Patricia García-Rojo....	231
Agradecimientos .....	253





# *Los Tejos*

Susana Vallejo

## SUSANA VALLEJO

Susana Vallejo Chavarino (Madrid, 1968) estudió Comunicación en la Universidad Complutense y durante años trabajó en diversas empresas en el área de Marketing y Ventas. A los 26 años se trasladó a Barcelona, ciudad en la que reside desde entonces.

Autora con mil facetas, ha publicado novela negra, thriller, fantástico, literatura juvenil y no ficción.

Su tetralogía de Porta Coeli le granjeó numerosos reconocimientos, como el premio Ictineu (2010, 2011) y fue finalista del premio Jaén así como del premio Edebé de Literatura Juvenil.

En 2011 ganó el premio Edebé de Literatura juvenil con *El espíritu del último verano*, del que fue finalista también en 2018 con *Irlanda sin ti* y en 2022 con *La familia Delorean viaja por el tiempo*. *Nueve días en el jardín de Kiev*, su novela más reciente, ha sido finalista del premio Dulce Chacón 2022.

Es socia fundadora de la escuela online de literatura Phantastica.com.

**A**na hundió los dedos en el musgo. Estaba acolchado, húmedo y verde, no tanto como el verde brillante de la primavera, pero casi. Luego, se olió la mano. Estaba sano. En cambio, en la ladera del sur, empezaba a secarse. Allí el marrón iba ganando centímetro a centímetro al verde.

El camino se había desdibujado con las últimas lluvias. El barro rojizo lo cubría todo. Los troncos de los árboles caídos por la enfermedad, las hojas y las rocas habían dejado el viejo sendero irreconocible.

Ana se recogió los faldones, apartó las piedras y las ramas y se encaminó hacia el arroyo. Aquel había sido un otoño húmedo. El arroyo bajaba repleto de agua. Y el agua era vida. Ana dio gracias a los dioses, a la Madre Tierra y al bosque. Se preguntó si debería dar gracias también al niño Jesús, que estaba a punto de nacer. Y, por si acaso, también le dedicó un pensamiento.

Allí, junto al arroyo, crecían los álamos. Era el mejor lugar para recolectar el muérdago de la Navidad. Una roca, sobre la hondonada, hacía más fácil encaramarse para alcanzar las arborescencias que cubrían los árboles y cortar el muérdago.

Llenó con ramitas la bolsa que llevaba a la espalda y luego recogió algunas piedras del río. Las más brillantes.

—¿Es de la cueva o del arroyo? —le preguntó su abuela en cuanto la vio llegar.

—Del arroyo —Ana dejó el cayado junto a la puerta y descolgó la bolsa de su espalda.

—¡Ana! El camino debe de estar fatal, con las lluvias...

—He tenido cuidado, abuela. Pero, mira, es el mejor.

Ana sacó el muérdago y la abuela lo olió. Después lo extendió sobre la mesa y murmuró unas palabras de agradecimiento a los viejos dioses. Las palabras cayeron sobre las ramitas con la suavidad de un molinillo lanzado al viento.

—Prepara los hatillos, anda. Mañana llévalos al pueblo, pero, por el amor de dios, no vayas por el camino del arroyo, ve por el otro.

—Es más largo. Y hace frío.

—Es más seguro.

La abuela volvió a la cocina y siguió removiendo la enorme cacerola.

Ana escondió las piedras de río en su bolsillo.



El aire venía del norte y traía consigo el frío del invierno que estaba a punto de llegar. Aunque Ana se tapaba las orejas con una capucha, el viento buscaba por donde colarse y azotaba sus mejillas. Los viejos guantes de la abuela estaban ya muy desgastados. Las botas, en cambio, se conservaban mucho mejor. Cuando llegó al pueblo estaba tan colorada como los melocotones del verano.

El pueblo olía a leña. Afortunadamente, las casas de piedra frenaban el viento de las montañas. Ana cruzó el puente y se dirigió a la plaza. Cuando llegó, extendió la manta en su

rincón y colocó los ramitos de muérdago. Después, sacó los productos de siempre: saquitos de ruda, malva, liquen, angélica, cáñamo...

Vero, la mujer que vendía cebollas a su lado, le pidió algo para el estreñimiento. Ana le dio un saquito de malva y le indicó cómo prepararlo en infusión.

—Llévate un ramito de muérdago también, Vero. Colócalo sobre la puerta. Los malos espíritus no traspasarán tu puerta, la buena suerte te acompañará durante todo el año que viene.

—¡Suerte!, vamos a necesitarla este año, ya te digo —la mujer tomó el muérdago que la chiquilla le ofreció—. ¿Cómo está tu abuela?

—Va tirando. Cada día anda menos —terminó en un susurro.

—Dale un abrazo de mi parte.

La mañana transcurrió tranquila. Llegaron los clientes habituales del pueblo y de los caseríos de los alrededores. El mercado de los lunes atraía a gente que venía desde muy lejos. Muchos, andando; otros, en mulos y burros, acudían en busca de cacerolas, bandejas de barro, telas, verduras, frutos secos y unas pocas frutas de invierno.

Su abuela le decía que ella no vendía hierbas.

«¿Y entonces qué es esto, abuela?» le preguntó Ana, cuando era una chiquilla que apenas levantaba un metro del suelo, mostrándole todos los productos que exponían sobre la manta.

«Consejos, chiquilla. Son nuestras palabras lo que vendemos, no los remedios. Vendemos palabras y sabemos escuchar. Ese es el secreto de nuestro negocio».

El médico se pasaba los jueves por el pueblo y, cuando él no estaba, los enfermos del cuerpo y del alma acudían a su